

Ella le siguió gustosamente, feliz que ya no estaba sola. Su amor se metía a la cama, listo para recibirla a ella. A ella le encantaba su cara afilada y suave, su cuerpo fuerte y capaz, su roca en la tormenta. Le tocaba a ella con ternura y amor, como nunca había tenido la oportunidad antes. Acariciando su cara, Alicia estaba alborozada en una manera nueva, protegida de las tormentas de afuera.

Horas después, cuando los cielos empezaron a iluminarse y Alicia y su amor habían dormido pacíficamente, ella oyó la puerta rechinar al abrirse y se dio cuenta que su amor que había estado en la cama ya no estaba allí. Su mente permanecía borrosa, sus pensamientos enmarañados en una telaraña de turbación y memorias cargadas. Otra vez, Alicia se encontró atascada en un lugar, incapaz de moverse ni decir ninguna palabra. Solo cuando ella mira de un lado a otro, cuando las pisadas acababan en el pasillo, ella vio el mechón de pelo largo y femenino, hermano del color que tenía su esposo y que yacía en la almohada al otro lado de la cama.

Emily McElroy wrote this article for her SPAN 320 class during the spring of 2025

La princesa y el venado

by Nishi Tripathi

La princesa tenía una cara dulce, como un querubín, angelita con mejillas rosadas. Ella medía dos manzanas cuando fue al granero para elegirlo. El rey la levantó por la puerta y ella miró hacia adentro, mirando los venaditos. Ella señaló al que quería. Él cabía en la palma de su mano. Le besó en la cabeza.

De repente, la niña se despertó del mundo del cuento. Había voces en la distancia. Estaba sentada en el mismo banco de siempre, en la esquina donde

se escondía cada día durante el descanso, leyendo sus libros en las sombras.

Un grupo de niñas entró, demasiado péridas en la risa para notar la niña que estaba allí. Ella intentaba encogerse más en el fondo, rezando que se fueran sin notarla. Pasó la página de su libro y la página crujió. Las chicas giraron, siguiendo el sonido, y vieron a su compañera, asustada y poniéndose roja brillante.

—¡Oh! —exclamó una chica. Ella se rio con una risa espinosa al ver a la pobrecita.

La niña volvió a leer su libro, temblando, tratando de ahogar a los matones con las palabras.

La princesa crecía lado a lado con su venado, hasta que era un poco mayor.

—No sabía que ella estaba allí —alguien dijo, su voz cortando el aire—. Había olvidado que existía... es tan rara. No habla con nadie.

Todos se rieron juntos.

La niña cerró su libro, el golpe resonó en cada esquina. Con sus orejas ardiendo, ella se llevó su mochila y salió corriendo, agarrando su libro al pecho. No fue hasta que llegó a la calle que empezó a llorar, las lágrimas empapando sus pestañas, bajando con cada parpadeo. A ella le gustaría fingir que sus libros eran suficientes, pero también le gustaría tener una amiga. Ella se saltó el giro para ir a la casa, caminando por una calle que nunca había visto antes en su lugar. Siguió caminando hasta que vio un bosque a la distancia. Entró en el bosque, y el aire fresco inmediatamente secó sus lágrimas. Olía verde y la luz del sol se filtraba entre los árboles. Los árboles susurraban, y de repente tenía mucho sueño. Estaba muy cansada. La niña puso su cabeza encima de una piedra que la llamaba y cerró los ojos.

Después de algún tiempo, oyó pasos en la distancia. Clop clop, como cascós. Se acercaron hasta que ella pudo sentir alguien a su lado.

Las chicas también me encontraron aquí, pensó. Mantuvo los ojos cerrados, esperando que se fueran, cuando sintió que algo la lamía. Ella abrió los ojos y vio el rostro de un venado.

—Ven con nosotros —alguien dijo.

Una mano se extendió. Ella miró y vio a una princesa. La niña tomó la mano de su nueva amiga, montó en el venado, y juntos cabalgaron libres hasta al atardecer.

Nishi Tripathi wrote this article for her Spanish 320 class during the spring of 2025

El vestido del sueño perdido

by Margarita Quezada

Había una vez un diseñador al que se le encargó un diseño inusual: una cliente anónima le envió a través del correo habitual una carta manuscrita con una guía muy específica de cómo hacer un vestido sin nombre. Lo más curioso era el color. “Debe ser un tono que no exista en el mundo al menos por ahora, pero con el que todo el mundo sueñe al menos una vez”. La tela que debía usar tenía que hacer voluptuosa danza con la luz, pero que nunca hiciera los mismos pasos. Se requería una confección realmente excepcional y rara en este mundo.

El diseñador comenzó su trabajo excepcional. Se fue a visitar todas las tiendas de telas buscando el material perfecto, recorrió mercados en distintos pueblos llenos de colores emblemáticos que inspiraban su intención y hasta consultó con expertos en colores y tintes para buscar el tono ideal que fuera inusual como el pedido de su cliente sensacional. No lograba comprender el color que describía la cliente en la carta y tampoco podía imaginar el tono de piel de la cliente. Entonces, comenzó a soñar con un